



DON SANCHO GARCIA,

CONDE DE CASTILLA.

TRAGEDIA ESPAÑOLA ORIGINAL.

Por el Coronel D. Joseph Cadalso, Comandante que fue de Esquadron del Regimiento de Caballeria de Borbon, y Caballero del Abito de Santiago.

MADRID: MDCCLXXXIV.

EN LA IMPRENTA DEL REAL Y SUPREMO CONSEJO DE INDIAS.

Con licencia.

Se hallará en la Librería de Copin, Carrera de San Geronymo.

ARGUMENTO.

Doña Ava, Condesa viuda de Castilla, madre y tutora del Conde Don Sancho Garcia, Principe de tierna edad, enamorada de Almanzor, Rey Moro de Córdoba, intenta dar veneno á su hijo por complacer á su amante; cuya ambicion aspiraba á ocupar el trono de Castilla, mas que á reynar en el corazon de la Condesa. El Cielo, visible y único Juez de los Soberanos, dispone que la Condesa beba el veneno que sus impías manos habian preparado para su hijo.

Este asunto ha sido tratado en las tablas de nuestro antiguo Teatro segun el gusto que dominaba en el siglo pasado.

He compuesto este Drama conformándome al estilo de esta era. Conozco yo mismo algunos defectos en mi Tragedia: el Público notará muchos mas. Creo merecer el perdon de los primeros por la sinceridad con que los confieso; y espero obtener el de los segundos por el docil carácter del Público Español, acostumbrado á disimular las faltas de los Autores, en cuyas obras se vén afectos de religion, honor, patriotismo y vasallage.

ACTORES.

Almanzor, *Rey Moro de Córdoba, amante de*
Doña Ava, *Condesa viuda de Castilla, madre y tutora de*
Don Sancho Garcia, *Conde de Castilla, educado por*
Don Gonzalo, *Montero de Espinosa, noble anciano de Castilla.*
Doña Elvira, *Sobrina de Don Gonzalo.*
Alek, *Ministro de Almanzor.*

Damas Castellanas.

Soldados Castellanos.

La Scena es en un Salon del Palacio de los Condes de Castilla.

NO-

NOTA.

En la primera edicion que se hizo de esta Tragedia el año de 1771 se puso por Autor de ella á Juan del Valle, de cuyo nombre se valió la modestia de D. Joseph Cadalso para ocultar el suyo. Pero habiendo yá cesado el motivo que obligó á ello, se ha estimado por conveniente no defraudarle aquella gloria; tanto por hacer el honor que se debe á la memoria posthuma de un Oficial distinguido, que sacrificó su vida por defender la patria en el bloqueo de Gibraltar, como porque su nombre solo basta para recomendar el merito de este Drama, no siendo la única produccion que ha dado á luz en este ramo de literatura, y habiendo merecido el elogio de los hombres sensatos por su entusiasmo, viveza y expresion.

De D. Joaquin Juan de Flores, Abogado del Colegio de esta Corte, á la buena memoria del Autor.

SONETO.

Tu pericia en el arte de la guerra,
tu erudicion amena y escogida,
te hicieron en palestra distinguida
batir errores, y expugnar la tierra.
Quando el biforme Dios sus puertas cierra,
ó Eris la tea enciende apercibida,
ni al ocio torpe se rindió tu vida,
ni al sordido temor, que al vil atérra.
Del patriótico amor victima justa
la armigera Deidad heroe te aclama:
de la de Délfos á la voz se ajusta
Tu plectro Sonoroso en este Drama;
y asi tu imagen con su mano augusta
grabarán en el templo de la Fama.

AC-

ACTO PRIMERO

SCENA PRIMERA.

Almanzor, y la Condesa, sin guardias, ni acompañamiento.

Condesa.

No te encuentro, Almanzor, como solia,
el rostro y pecho lleno de alegria.
Dime la causa atróz de tu disgusto:
mi alma hasta saberlo está con susto.
Quanto placer tu amor me ha concedido
no equivale al dolor con que he sabido
tu tristeza: si me amas, dilo presto.
Ay! mientras mas continuo, mas funesto
es tu silencio. Un alma vacilante
con quién podrá mejor que con su amante
su tristeza contar para aliviarla?
Acaba de matarme, ó relatarla,
si alguna vez mi pecho.........

Alm. No, Condesa;
no bastará el amor que me profesa.
Mayor que tu cariño es el cuidado
que ves en mi semblante, fiel traslado

de lo que mi alma siente : es un abysmo,
en que peléo yo conmigo mismo.
En ansias tales consultar debia
con tu talento la desgracia mia;
pero lejos, te juro, de aliviarme,
la primera serás á atormentarme.
Cond. Si supieras la pena con que veo,
que lejos de agradar á mi deseo,
aumentas con tus dudas mi quebranto,
ese secreto no ocultáras tanto.
Qué habrá en el mundo que ocultarme debas?
Alm. Mi pena contaré, como te atrevas
á darme tu el remedio con tu brio:
pero lo dudo.
Cond. De este pecho mio
qué dudas? Qué, te olvidas que en él mandas?
Quándo tus leyes no me han sido blandas?
No sabes quánto anhelo á complacerte?
Qué me pides? La vida? Dame muerte.
Gustosa te daré el postrer aliento:
ese será mi mas feliz momento.
A Córdoba me mandas que te siga?
Ser yo tu esclava? España mi enemiga?
Qué habrá, Almanzor, que de tu amor me aparte?
Alm. Haber nacido Rey.
Cond. Llega á explicarte,
haré quanto me digas.
Alm. Lo aseguras?

Cum-

Cumplirás lo que ofreces? Me lo juras?
Cond. Ay Cielos! Yo pensaba que tu pecho
podia estár del mio satisfecho.
Esas desconfianzas de tus labios
son de mi tierno amor nuevos agravios.
Por qué me pides nuevo juramento?
Por qué nuevas sospechas? Con qué intento
me pides otra vez nueva promesa?
Alm. Porque es mayor que todas, ó Condesa!
la nueva gracia que á pedirte vengo,
por eso á tu pasion tanto prevengo.
No rezelo me falte tu fineza;
mas sé de las mugeres la flaqueza:
emprenden facilmente quanto intentan;
mas si dificultad experimentan,
se apartan de la empresa que intentaron,
tan facilmente como la idearon.
Cond. No con razon arguyes de ligero
al sexô mio: acuérdate primero
del tesón que he mostrado por mi parte:
oh quánto me ha costado el estimarte!
Lo sabes: mis vasallos se opusieron
luego que mi cariño conocieron
en tu persona puesto. Ellos osados,
y contra tu nacion preocupados,
de nuestro amor hablaban con injurias:
corté sus vuelos, y calmé sus furias.
Yo sola, sin auxîlio, ni consejos,

rom-

rompí la nube, que tronaba lejos.
Calló Castilla yá. Yá no se opone
al yugo extraño que mi amor le pone:
qué habrá que yo no alcance, y te conceda?
Alm. Tal vez será lo que tu amor no pueda.
Es tal que no me atrevo á proferirlo;
pero en este papel quiero escribirlo. *Escribe.*
Cond. Cielos, qué miro! Qué turbado escribe!
Qué nuevo susto el corazon recibe!
Su mano tiembla, y tiembla el pecho mio!
Ay! que será? Parece desvarío
el susto que al turbarle me conmueve:
agüero infausto contener se debe
en el papel: parece que se anega
en sangre, que á mi mismo pecho llega.
Ya lo acabó. Si dura mas, ay Cielos!
mi vida acabarian mis rezelos.
Alm. Si mi cariño, si mi bien deseas,
lee el papel; y luego que lo veas,
harás, Condesa, quanto en él te pido:
Dandola el papel.
si te falta valor, desde hoy te olvido.

SCENA II.

Condesa sola.

Oh terrible amenaza! tente, espera....
Qué dirá este papel! Suerte severa!
Qué susto dá su vista! Y qué tormento

al leerle temblando experimento!
Parece que una mano oculta, y fuerte
(ó funesto papel!) me quita el leerte.
Leeré para salir de mis rezelos.
Qué densa nube se interpone, ó Cielos!
entre mi débil vista, y tus renglones?
Salgamos con valor de confusiones:
bebamos de una vez todo el veneno
con firme labio, y corazon sereno.
No tiembles, mano: vista, no te alteres;
porque vea Almanzor, que las mugeres
no tienen menos brio que los hombres.
Atiende, corazon, y no te asombres. *Lee.*
Mas, Cielo, qué he leído! Si me engaño?
Si grande fue el temor, mayor el daño.
O bárbaro Almanzor, indigno amante!
qué daño has de temer de un tierno Infante?
Del Idolo de amor, Deidad demente,
será mi hijo víctima inocente?
Aceptarás mi mano ensangrentada,
en el seno filial (ay Dios!) manchada?

SCENA III.

La Condesa, y Doña Elvira.

Elv. Llegó, Señora, el deseado dia,
que ha de colmar tu alma de alegria.
Hoy del Moro Almanzor la Régia mano,
temor del Granadino, y Sevillano,

tu

tuya será. A tu Corte fue trahido
por tu fama, y fue en ella detenido,
su venida ocultando, y su morada,
con la tregua que al fin está pactada.
Faltó yá la ficcion; yá descubristeis
ambos el fuego, que ocultar quisisteis.
De Castilla los Pueblos y Nobleza
se opusieron en vano á tu fineza.
Recibe de mi pecho......Mas qué mira
tu criada leal? Lloras?

Cond. Elvira,
cómo se muda en horroroso objeto
el gusto que parece mas completo!
Verdad es quanto dices, fiel amiga;
pero si quieres que mi horror te diga....
cómo podré? Almanzor, fiero, y turbado,
este papel con inquietud me ha dado,
diciendo: si me quieres, ó Condesa!
si mi bien, y mi mal hoy te interesa,
haz quanto este papel por mí te pida;
si no te atreves, Almanzor te olvida.
Fuese: tomé el papel: lo abrí: leílo....
Mas, Cielos, qué rigor! ay Dios, qué estilo!
No lo repetiré: si tú deseas
saber del Moro el fin, y las idéas,
toma: : : : : :

Elv. Señora, qué es lo que contiene?

Cond. A los mas fuertes sustos te previene

al

al leerlo: en él verás:.... Pero no, Elvira,
digántelo tus ojos. Qué, te admira
el principio? Prosigue. Amor tyrano!

Elv. „No te puedo ofrecer mi Régia mano,

Leyendo.

„si contigo no parto el poderío.
„Como tú lo serás del Reyno mio,
„he de ser yo Señor de tus Estados.
„Deben ser á mi amor sacrificados
„quantos puedan el cetro disputarme:
„un hijo tienes: si has de desposarme;
„si tu mano, Condesa, ha de ser mia,
„primero ha de morir Sancho Garcia. "

Acaba de leer.

Qué horror, Señora!

Cond. Elvira, quién creyera
de dueño tan amable accion tan fiera?
Tal me pide Almanzor! Un hijo mio!
Dónde hallará mi pecho tánto brio?

Elv. Qué resuelves?

Cond. Acaso dudar puedo?
Si tal delito á mi pasion concedo,
qué fuego habrá en los Cielos vengadores,
que no prorrumpa en rayos, y en horrores?
Qué tierra habrá que sufra ser pisada
por muger tan infame, y desgraciada?
Pero aun quando la tierra me aguantase,
quando el Cielo sus iras no ostentase,

(pues

(pues sufre alguna vez su ofensa el Cielo)
me dexaria el interior rezelo?
El pecho, de su culpa fiel testigo,
de la interna quietud duro enemigo,
me dexaria acaso un solo instante?
Entre los mismos brazos de mi amante
hallaria terror en vez de gustos.
De su amor qué lográra sino sustos?
Junto al tálamo mismo yo veria
la deplorable imagen de García;
y su inocente pecho, atravesado
por mi bárbaro brazo ensangrentado,
fuera vista mas triste y horrorosa
que del Infierno la morada umbrosa.
La imagen de su padre, que glorioso
de esta infame muger fue noble esposo,
me parece que veo, y que me dice:
de un esposo tan fiel viuda infelice,
no basta profanar mi augusto lecho
con un dueño Africano? Satisfecho
no estaba tu delirio? Aun no te basta?
A España privas de mi egrégia casta
de nobles sucesores, destinados
á ser por todo el Orbe respetados?
De amor, Elvira, abraseme la llama
antes que yo consienta que la fama
publique tanto horror. El Cielo quiera
que antes que Sancho por mi mano muera;
mi

mi brazo, al tiempo que el delito intente,
salvando el corazon del inocente,
se vuelva contra mí, porque mi espada,
librándole, me dexe castigada.

Elv. Allí viene Don Sancho por un lado:
por otro viene, á paso acelerado,
Alek, que es de Almanzor el confidente.

Cond. Elvira: ó noble Elvira! aqui mantente:
impide que Don Sancho hoy me mire:
forzoso es que de aquí yo me retire,
porque mi confusion me turbaría
al ver, y hablar al infeliz García.
Dile que vuelva ácia mi propia estancia.
A Alek oiré: tal vez de la arrogancia
del Moro Rey se habrá trocado el ceño.
Ay! qué dirá de parte de su Dueño?
Salgo á encontrarle: tú con gran cuidado
haz que no me halle Sancho desgraciado,
y que Almanzor....

Elv. No pierdas un instante,
pues ya llega Garcia, y de tu amante
el confidente. Entiendo tus ideas;
y haré, Señora, lo que tú deseas.

SCENA. IV.

Don Sancho, Doña Elvira y Don Gonzalo.

Elv. Adónde vas, Señor?

D. Sanch. Qué? No me admira

en

en poco tu pregunta. Dexa, Elvira:
siguiendo voy mi madre, y mi señora,
que he mirado de aquí salir ahora.
D. *Gonz.* Luego que el Sol ha comenzado el dia,
á su madre tributa Don Garcia
su obsequio, en tantos modos merecido
por madre, y Soberana. No es debido
el embarazo que á su anhelo pones.
Elv. Yo tengo, Don Gonzalo, mis razones.
Sanch. No las puedes tener.
Elv. Mi Soberano
eres, Don Sancho, y dueño tan humano,
que audacia altiva mi rigor parece,
y que por tanto tu furor merece.
Pero tu madre, y mi señora....
Sanch. Aleve!
qué es lo que el labio á pronunciar se atreve?
Mi madre acaso puede haber mandado
que el paso impidas á su hijo amado?
Elvira, no lo creo: está mi pecho
del amor de mi madre satisfecho.
Elv. Yo no tengo mas causas que exponerte,
que la de la obediencia; y es tan fuerte,
que ella me hará sufrir quanto castigo
invente ayrado tu rigor conmigo.
Gonz. Señor, pues Doña Elvira se mantiene
en observar las órdenes que tiene,
y en no explicarlas, como injusto fuera
obli-

obligarla á decirlas, ven, y espera
á mas tarde: vendrás, y así, Garcia,
podrás quejarte de la tiranía,
mal dixe, la dureza con que quiso
no verte, como sueles. Yá es preciso
dexar para otro lance tu demanda.

Sanch. Tú me persuades, y mi madre manda.
Obedezco y venero, como es justo;
pero mi corazon queda con susto.
Elvira, volveré. Dirás, te pido,
á mi madre, que la amo tan rendido,
que ya la obedecí.

SCENA V.

Elvir. sola. Guardete el Cielo.
Mas la Condesa vuelve. Qué rezelo
y susto viene impreso en su semblante!
Si tendrá nuevas priesas de su amante?

SCENA VI.

La Condesa, y Doña Elvira.

Cond. Volvióse Sancho?

Elv. Sí.

Cond. Y qué te dixo?

Elv. Con dominio, y dolor tu tierno hijo
pidió, y mandó que el paso le dexase:
representéle: instó que no estorvase:
mantúveme: irritóse; mas prudente

Don Gonzalo calmó su pecho ardiente:
Cond. O hijo tierno! ó Sancho! mi esperanza!
y de toda Castilla confianza!
Tu madre tu verdugo! El trono mio
suplicio habrá de ser, en que mi brio
condene, y execute los horrores,
que te anuncian del Moro los rencores.
Ay! no. Mi pecho no se atreve
á dar al uno lo que al otro debe.
Elv. Con que al Moro despides?
Cond. Calla, calla.
No sabes los asaltos en que se halla
mi pecho combatido al escucharte.
No es todo de Garcia, mucha parte
ocupa el Moro; y en afan dudoso,
al bien de mi hijo cede el de mi esposo.
Al ir á resolverme titubéo,
segunda vez mudando mi deseo,
despreciando á Almanzor, vuelvo á Garcia:
desecho mi pasion: la llamo impía:
yo misma me hecho en rostro la locura
con que olvidé de madre la ternura:
me cubro de rubor, horror y espanto,
al ver que cupo en mí delito tanto.
Ya quiero publicar del Moro aleve
el cruel designio, que á formar se atreve;
y quando contra el Moro mas me irrito,
quando mi error, y su furor medito,

á la dulzura de su nombre, Elvira,
en tierno alhago se convierte mi ira.
Alek me acaba en este mismo instante
de apresurar de parte de mi amante
á que acelere el golpe. Alek, anciano,
ignoraba el rigor del Soberano,
que daba la órden. Yo, temblando el labio,
se lo expliqué; y él noble, humilde, y sabio,
temblaba al escucharlo.

Elv. Y tú, Señora,
resuelves por el hijo, que te adora,
ó por el Moro, que á reynar aspira?

Cond. Por quién resolverá mi pecho, Elvira?
Aún dudo sin querer. Ay! yo quisiera
un alma fuerte, que ahogar supiera
de una indigna pasion el fuego aleve,
y que quisiera á un tiempo lo que debe.

Elv. Cedes al Moro acaso

Cond. Cielo santo!
Teme mi corazon delito tanto;
pero no obstante, en mi virtud no fio:
dudo entre el hijo, y el amante mio:
qualquiera de los dos, que yo despida,
una mitad fallece de mi vida.
No me dexes en tantas confusiones,
mezcladas de delirios, y razones:
escarmienta en mi pecho combatido.
A ninguno el amor ha parecido

mas suave, mas ameno y mas gustoso,
en el principio amable y engañoso:
y á ninguno ha causado tal tormento,
como en su curso infausto experimento.
Yo pensé que su imperio me seria
blando sin su rigor, ni tiranía;
y al ligarme sus rígidas cadenas,
cargada me miré de susto y penas.
Huye, Elvira, de amor. Ay! joven eres!
mira que en sus pesares, y placeres
la pena siempre fue mayor que el gusto;
ligero el bien, y continuado el susto.

ACTO SEGUNDO.

SCENA PRIMERA.

Alek, y Almanzor.

Alm. Como te dixe, á la Condesa viste?
Dí cómo la encontraste?

Alek. Señor, triste.
Al verme conocí se conmovia:
apenas al principio proferia,
en llanto prorrumpió: yo que ignorante
del secreto me hallé, quedé un instante
inmovil, sin saber de qué pendia;
pero en medio del llanto que vertia,
su pecho abrió, me reveló el secreto.

Lue-

Luego que me explicó tu fiero objeto......
Alm. Qué hiciste, Alek......
Alek. Temblar, como temblaba
la amante y madre, la infeliz Doña Ava.
Alm. Despues del susto, que á tu edad anciana
causó mi idea, al parecer tirana,
como de un Rey prudente consejero.....
Alek. Prudente sí; mas nada lisonjero.
Alm. No lo apruebas acaso?
Alek. Hablar me mandas?
Pero ha de ser con las palabras blandas,
con que la adulacion dora el veneno;
ó con el firme estilo, con que el bueno
guarda de la verdad las sacras leyes?
Alm. Habla como se debe con los Reyes.
Alek. Un Rey del Sér supremo es un retrato;
á Dios solo será lenguage grato
la voz de la verdad: asi es debido
que te hable con estilo no fingido.
Adule, finja y mienta, si gustáre,
quien menos tu caracter venerare:
tal vez de sus lisonjas mas gustoso
oirás el atractivo delicioso,
que el acento severo, que pronuncia
la dura voz, que la verdad anuncia.
Yo te diré verdades: satisfecho
quedará con decirlas este pecho,
como queda tu oido desgraciado

 quan-

quando nécias lisonjas ha escuchado.
Alm. Es áspero el principio, duro y fuerte.
Alek. Paso pues, ó mi Rey! á responderte.
Que la Condesa mate al niño tierno,
objeto digno de su amor materno,
por tu consejo, es crimen mas tirano
que si tú lo matáras con tu mano.
Y dí, señor, tu diestra no temblára
si al inocente pecho se acercára
con el hierro, ó veneno, conducido
solo de tu ambicion? A su gemido,
y blandas manos, que alzaria al Cielo,
pidiendo al Sér supremo su consuelo,
no tembláras? No temes la venganza
del pueblo, que en él funda su esperanza
Y de su misma madre el triste llanto
al ver su Infante muerto; y el quebranto
de toda aquesta Corte conmovida,
tu mano no apartáran atrevida?
Pero supon que el Cielo tolerase
delito tan atroz, y te dexase
en el trono usurpado Castellano:
te gustára ser Rey, siendo tirano?
Ay! no Señor. La púrpura manchada
con la inocente sangre derramada,
fuera carga á tus hombros horrorosa.
Dexa á la Fama que coloque ansiosa
entre los Dioses sacros á los hombres,

que

que por el lustre de gloriosos nombres
roban despojos para adorno infame:
dexa que á fieras semejantes llame
hijos amados la fortuna ciega:
al darles triunfos, la quietud les niega.
Los prospectos, yá sé, de una conquista
son agradables á la régia vista;
y los que la ambicion llenar desean,
no distinguen los medios que se emplean.
Mas no conoces tú del Castellano
el invencible amor al Soberano.
Adora á su Monarca. Aunque pudieras
sus pueblos añadir á tus primeras
tierras, en que dominas coronado,
nunca conservarás este Condado.
Soberbio el Español su sangre vierte
defendiendo á su Rey. Gustosa muerte
se le ofrece en la sangre que derrama,
donde la guardia de su Rey le llama.
Del padre hereda el hijo la constancia:
este es el alimento de su infancia.
Las madres comunican fortaleza
con la leche que nutre su terneza.
Al paso que leales son valientes:
en las fatigas duros y pacientes.
En mi joven edad, Señor, mi mano
mandó tu tropa contra el Castellano:
vencióme, y le vencí; mas siempre fiero

de batallar con pueblo tan guerrero.
Su exército no tiene el aparato,
superflua compostura, y falso ornato,
que otras tropas ostentan en campaña,
pues solo tiene de marcial la saña.
Lo ví descalzo, flaco, pobre, hambriento,
buscar al enemigo, no al sustento.
Si alguna vez murmura un órden dado,
executa obediente lo mandado;
y el enemigo paga la imprudencia
del Gefe que mandó sin experiencia.
No es facil que jamás tal pueblo admita
el yugo atroz, que tu ambicion medita.
Si quieres dar á siglos venideros
timbres, para tu fama verdaderos,
imita á los Monarcas virtuosos,
que se tienen por grandes y gloriosos,
como sus pueblos venturosos sean.
Quán dignamente su vigor emplean
en hacer respetar á la justicia,
en cortar el progreso á la malicia,
premiar virtudes castigando vicios,
y ofrecer á los Cielos sacrificios
en tantas aras, como son los pechos
de vasallos, que viven satisfechos.
De mi verdad el Cielo me es testigo.
Esto pienso, Señor, y esto te digo.
Alm. Corta fue mi pregunta; y tu respuesta

no

no fue menos osada que molesta.
Yo pedí pareceres, no consejos.
Desde hoy de mi persona vive lexos,
y no contristes mas mi augusta mente.
Huye de mi presencia prontamente.
Alek. Señor, no estraño la desgracia mia;
aun antes de empezar ya la sabia:
mas la veía mientras mas hablaba.
La verdad contra el riesgo me alentaba:
si esta te ofende, tu desgracia siento:
obedezco, mi Rey, de tí me ausento.

SCENA II.

Alm. solo. De qué sirve vasallo que no adula
De qué sirve ser Rey, si se le anula,
por rígidos consejos de un anciano,
el despotismo, que hace al Soberano?

SCENA III.

Almanzor, y la Condesa.

Alm. En tu semblante hermoso, aunque tan triste,
ya conozco, Señora, que leiste
aquel papel que mis designios muestra.
Alek tambien, aunque su voz siniestra
solo me vaticina culpa, ó muerte,
me ha dicho que te ha visto: he de deberte
fineza tal, que si parece odiosa
á tus ojos por madre, es mas gloriosa

mi-

mirada como Reyna, á quien se humilla
con el noble Condado de Castilla
el Cordobés Imperio. Lo presento
á tus plantas en prueba y monumento
de que sabe Almanzor agradecido
premiar el beneficio recibido.
Bien sé que en la pueril ternura amante
cuesta resolucion tan arrogante;
pero espero, que ya considerado
el gran valor de la razon de estado,
habras juzgado accion menos impia
sacrificar la vida de Garcia.
Por si su muerte causa en esta tierra
alboroto civil é interna guerra,
en Córdoba tendré dispuesta gente,
que sostenga mi idea. Diligente
á verte volveré, donde tu mano
me asegure el Condado Castellano.
Esto pienso, Condesa; y me asegura
mi amor, que me lo aprueba tu hermosura.

Cond. Pues yo pensé, Almanzor, bien al contrario,
crei, que si, al principio temerario,
la muerte pretendias de Garcia,
porque obstáculo fuerte parecia
á tu ambicion para obtener ufano
el supremo dominio Castellano;
al conocer el crimen horroroso,
que cruel propusiste á mi piadoso

ma-

materno corazon, que siempre viste
colmado de blandura, te corriste
de idea tan atroz; y que rendido
me querias pedir diese al olvido
las lineas, que tu crimen comprehendian,
y en que á un tiempo ofendidos quedarian
la humanidad, el cielo, la nobleza,
tu fama, mi virtud y mi terneza.
Crei que un héroe como tú tendria
por falta de valor la tiranía,
y por carga insufrible al brio humano
el cetro, y el puñal en una mano.
Alm. No, Condesa, no pienses que yo pueda
ceder: tu corazon al mio ceda.
No me puedo apartar de lo propuesto:
sin este sacrificio me es funesto
tu amor: con él me fuera delicioso,
y á mí y á mis vasallos ventajoso.
El tiempo por instantes vá faltando:
mi genio altivo con el tuyo blando
lo pasára en superfluas reflexiones.
A la razon de estado no hay razones
que superiores sean, ni hay ideas
que pesen mas.
Cond. Tyrano! porque veas
quánto anhela mi pecho á complacerte,
y á costa de un delito obedecerte,
me resuelvo á que Sancho separado
de

de mí, y en un castillo aprisionado,
(diciendo yo que ha muerto) pasè triste
la vida, que arrancarle pretendiste.
Así conseguirás tu idea vasta.
No te basta este crimen?

Alm. No me basta.
No pienses con tal arte entretenerme:
ó Sancho ha de morir, ó has de perderme.
Resuelve, y breve lo que mas te importe,
ó déxame ausentarme de tu Corte.

Condesa.

Qué escucho? Qué impiedades me propones?
Trataste con humanos corazones,
ó solo con las fieras, que produce
la adusta tierra, de que se deduce
tu origen Africano? Al pecho mio
propone tu ambicion tal desvario?
La pérdida de un hijo, ó de un amante?
Ay! cómo merecieras que inconstante
te negase, tyrano! mi cariño,
y le ofreciese entero al régio niño!
Pero tú me conoces dominada
de esta pasion, y mi alma esclavizada.
Bien lo sabes; y abusa tu fiereza
de mi pecho embriagado con terneza;
pero no apures, no, mi pecho altivo:
sabré morir, si con martyrio vivo,
por no perderte, ni á mi Sancho amado;

(du-

(duda, que tiene á el pecho acongójado)
Yo moriré, Almanzor, y con qué gusto
Acaso al inocente imprime susto
el lúgubre aparato de la muerte?

Alm. Fuera causa mas breve, y aun mas fuerte
de la muerte de Sancho. Sin respeto
mi brazo emprenderia tanto objeto.
Esta menor edad de Don Garcia
disension en Castilla sembraria;
y con tan favorable coyuntura
seria su conquista mas segura.
Y pues esa amenaza de matarte
puede ser en tus labios sutil arte,
te digo, que bien muerta, ó viva, quiero
coronarme en Castilla.

Cond. Tan severo
prosigues con tu intento?

Alm. Sí, Condesa.
Yo parto, pues mi ausencia me interesa,
ó muera el que se opone á mi fortuna.
Qualquiera dilacion es importuna.
Firma en estos papeles, fementida,
el órden que acompañe mi partida
hasta llegar al fin de tu frontera;
ó toma aqueste acero, con que muera
Sancho. No digo mas. Condesa, advierte,
que mi ausencia decretas, ó su muerte.

SCE-

SCENA IV.

Cond. Qué es esto, Cielos! Qué fatal conflicto!
Cada mano cargada de un delito,
y el débil pecho á cada qual propenso,
mirando á la virtud, queda suspenso!
En tanta confusion, en duda tanta,
lo que mas me complace, mas me espanta.....
Pero qué digo? El pecho acongojado
no cayga bajo el peso del cuidado.
No con vanas fantasmas de terrores
han de dudar las almas superiores.
En su ignorancia temblará la plebe:
el noble pecho mas vigor se debe.
Sí: vamos. Pero dónde? Yo lo ignoro:
á mi hijo quiero, y á mi amante adoro.
Pero mi amante una maldad me pide;
merece por su crimen que le olvide.
Pero mi hijo me priva de un amante;
debe ser immolado el tierno Infante.
Seré, si mato á Sancho, madre impía:
si se ausenta Almanzor, ay triste dia!
qué pocos seguirán tu luz ingrata!
Mas qué interior impulso me arrebata?
Sí: yá siento de madre la terneza:
yá me habla al pecho la naturaleza.
Ay, Sancho! vive: sí, vive, y la suerte
dexe á tu madre qne consiga verte

rey-

reynar como tu padre. Quiera el Cielo
que seas tú de mi vejéz consuelo;
y que despues de verte, ó Sancho amado!
mandar gloriosamente este Condado,
yo muera entre tus brazos quietamente.
Entónces sí que miraré presente
del ciego amor el sacrificio que hago:
entónces sí que me sería aciago
el haberte pospuesto á mis amores.
Dame, virtud, tus fuerzas superiores.
Sí: de Almanzor firmemos la partida.
De mi Almanzor? Del dueño de mi vida?
Ay! no puede caber accion tan dura
en quien él mismo halló tanta blandura.
Aparta, pluma, de mi mano impía,
y no marche Almanzor; muera Garcia.

SCENA V.

La Condesa, y Doña Elvira.

Elv. Señora, con cuidado......Mas qué veo?
Lo que turbada miro apenas creo.
En tu mano un puñal? ay! di: qué es esto?
Cond. Otro tengo en el pecho mas funesto.
Todo mi pecho ocupan los terrores,
negros remordimientos y rencores.
Qué sombras, qué visiones me amedrentan!
qué invisibles verdugos me atormentan!
Conozco el mal horrible, lo aborrezco;

y lo que á otros preparo, yo padezco.
Elv. Y de qué nace tu infelíz estado?
Cond. La muerte de Don Sancho he decretado.
Elv. Qué delito! Señora, no decias
que á la virtud sacrificar querias
tan horrenda pasion? Tu pecho mismo
no te mostró de horrores un abismo,
al ver del Moro Rey las pretensiones?
Cond. Qué leves sois, humanos corazones!
A un ímpetu de amor, ó de locura
cedió de justa madre la ternura.
Pintóme amor del Moro la partida
con tan tristes colores, que la vida
perdiera por no verle yá marchando.
Su bella imagen, su atractivo blando,
fueron fuertes motivos, que se unieron,
y á un crimen suficientes parecieron.
Con tal resolucion la mano mia
firmó la injusta muerte de Garcia.
Pero fuerzas del vicio producidas,
quándo han sido algun tiempo mantenidas.
Desvanece sus sombras el delirio,
y entónces qué dolores! qué martyrio!
Ahora que con justas reflexiones
exâmino el rigor de mis pasiones:
ahora que yá veo quán mudado
está en sensible mi felíz estado:
al ver que en otros tiempos yo pasaba

quie-

quieta la vida, que felíz lograba;
y al presente entre sustos comprimida,
toda muerte es mas dulce que mi vida:
yo misma me aborrezco, me abomino:
contra mi vida con rigor camino;
y no tengo valor para arrancarme
un corazon, que supo acriminarme?

Elv. Qué intentas, pues, Señora?

Cond. Yo lo ignoro.
Solo sé que suspiro, gimo y lloro;
que cada vez se aumenta mi tormento;
que temo el crimen, y temerle siento.
Llama á Garcia, y dile....No, detente:
sigueme; y mira en mi dolor presente
lo que cuesta el delito mas gustoso:
qué lejos de la culpa está el reposo,
y qué cerca del crimen el castigo!

Elv. Desgraciada Condesa, yá te sigo.

ACTO TERCERO.

SCENA PRIMERA.

Alck solo.

Inconstante fortuna, aquí me tienes,
(firme en tus variaciones y vayvenes)
no como en otros tiempos estimado
de mi Rey Almanzor, sino arrojado

de lo alto de la cumbre al precipicio.
Hiciste, ó suerte! tu comun oficio.
Felíz aquel que de la humilde vida
nunca subió; no teme la caida.
Aquel que sube á la mayor privanza
con susto fuerte, y débil esperanza,
previendo en cada acaso de la suerte
la vida triste, ó la infelice muerte,
comprando con peligros los favores,
apura de los hados los rigores.

SCENA II.

La Condesa, y Alek.

Cond. Yá sé de tu desgracia el fundamento.
Alek. Decirtelo no puedo: no me siento
capáz de revelarte por mis labios
la falta de mi Rey, ni mis agravios.
Cond. Cruel es Almanzor.
Alek. Pero es mi dueño.
Con rostro humilde adoraré su ceño;
y si de Rey pasando á ser tyrano,
me mata, besaré su régia mano.
Estas del buen vasallo son las leyes,
por mas faltas que se hallen en los Reyes.
Cond. Buen vasallo, y tan mal recompensado!
Quién te defiende del rigor del hado?
Quién te conserva contra su inclemencia?
Quién consuela tu pecho?

Alek

Alek. La inocencia.
Ella solo me basta, y es sobrada
contra los golpes de la suerte ayrada.
El infeliz que en su inocencia piensa,
encuentra en su virtud su recompensa.
Y de qué la virtud nos serviria
contra el acaso, fraude y tiranía,
si no huviese dispuesto el justo Cielo
que en ella hallemos superior consuelo?
Su hermosa luz mas clara resplandece,
quanto mas la fortuna se obscurece.
Caí: mientras mas bajo, mas lo estimo:
del arte de la Corte asi me exîmo.
A Córdoba me vuelvo: humildemente
en mi casa tranquila é inocente
mi vida pasaré. No es sacrificio
el que hago de la Corte: su bullicio,
qual juguete de niños ignorantes,
que consume los años como instantes,
divierte al joven, y al anciano enfada.
Cond. Admiro tu fineza.
Alek. Es dimanada
de que no aspiro mas que á ser honrado.
Cond. Contra tu Rey no te hallas irritado?
Alek. Abomino á los hombres, que se atreven
á dár censura á quien obsequio deben.
El Rey es como Dios, Señora, atiende:
quien mas lo estudia, menos lo comprende.

 Yo

Yo marcho en fin, y con valor me hallo
conocerá Almanzor que un buen vasallo
no se suele encontrar tan facilmente.
Me llamará, y entónces obediente
yo volveré á sus plantas: sus enojos
se borrarán con llantos de mis ojos.
Despues de haber vivido algunos años
meditando mis muchos desengaños,
mas cuerdo volveré desde mas lejos:
será mejor mi voto en sus consejos:
mas util le seré mientras mas sabio:
con mas servicio pagaré mi agravio;
y de verme mas apto á su servicio,
por corto juzgaré mi sacrificio.
Si acáso su rigor fuere tan fuerte,
que me olvide en destierro, y que la muert
me alcance en mi desgracia, quán dichoso
su momento será! Con qué reposo
Alek espirará! Con qué sosiego
de no haver sido injusto palaciego!

Cond. Allí viene Garcia, noble Moro.
Si recibirle, ó despedirle ignoro;
y con la turbacion de mi semblante
conocerá tal vez el tierno infante
el riesgo en que le pone su fortuna.
Tu presencia será mas oportuna.
Detenlo, no permitas que me vea,
hasta que yo decida, y que mi idea

ac:

acabe de una vez de reducirme.
Alek. Señora, en la virtud mantente firme:
oye á tu corazon: su fortaleza
es voz con que te habló naturaleza.
Nunca miente, Señora, el pecho nuestro:
lo recto aprueba, y tacha lo siniestro.
No sofoques su luz con el nublado
que causa la pasion: el desdichado
que con lisonjas engañarse intenta,
su castigo en su daño experimenta.
Cond. A Dios, Alek.

SCENA III.

Alek. solo. El ente soberano
dirija tus ideas, y tu mano.
O sér supremo! cuya inmensa ciencia
demuestra de los hombres la demencia,
desnuda nuestros flacos corazones
del cúmulo horroroso de pasiones,
que nos convierte en fieras.

SCENA IV.

Alek, Don Sancho, Don Gonzalo, Guardias.

Alek. O Garcia,
de Castilla esperanza y alegria!

Llega feliz: y tú Gonzalo amigo,
el Cielo soberano me es testigo
del gozo que en tu trato he recibido
el tiempo que en Castilla yo he vivido.
Jóven feliz, que al mando destinado
por ayo tan prudente estás criado.....

D. Sanch. Alek! ó sabio Alek! mi pecho siente
tan oculto dolor, y tan vehemente,
que ni explicarlo, ni sufrirlo puedo:
á su inmenso dolor por débil cedo.
Mi madre de su vista me separa.
Su vista, ay Cielo! su presencia cara
ha de faltar á tan rendido hijo!
Mientras mas lo contemplo, mas me aflijo.
Si vieras qual mi pecho, acostumbrado
á sus blandas caricias, se ha turbado
al ver que de su vista me desvia!
Ya para siempre se turbó la mia
con llanto inagotable.

Gonz. Si tú vieras
las duras quejas, y amenazas fieras,
con que Don Sancho arguye, enardecido
con lo que le parece en mí descuido!
Dice que de su madre habrá llegado
á merecer la suerte de su enfado
por falta, que él sin culpa ha cometido,
y de que yo no le haya reprendido.
Sé las obligaciones con que vive

e

el que el empleo principal recibe
de maestro de un joven, que se cria
para mandar por sí la Monarquia.
Sé que un descuido, aunque parezca leve,
no como corto regular se debe;
pues trahe una horrorosa conseqüencia
(quando llegue á mandar) su negligencia.
Tomé temblando cargo tan precioso:
sigo con zelo: acabaré gustoso.
No creas que yo ceda de mi parte
por mantenerte grato y adularte.
Mal tu tierno cariño pagaria,
si escusára tus faltas, ó Garcia!
Sanch. Pues de dónde procede la tibieza,
que en mi madre......
Gonz. Tal vez es tu terneza
quien te la representa, sin que sea
tal como la fingió tu tierna idea.
Sanch. No, no, que el pecho me lo dice.
Ay madre!

SCENA V.

Los de la anterior, la Condesa, Doña Elvira, Damas, y Guardias.

Sanch. Aquí está Sancho, el infelice.

La Condesa.

En vano, Elvira, quise no mirarle; *(á Elvira.*

mi corazón me arrastra por hablarle.
Hijo querido! Infante! mi Garcia,
llega á mis brazos, llega.
Sanch. Madre mia!
dexa bañar tus plantas con mi llanto:
Se arroja á los pies de su madre.
dèxa que desahogue mi quebranto
en la ternura de tu amor materno,
en la dulzura de tu pecho tierno.
Pues hijo me llamaron esos labios,
respondan con cariño á mis agravios.
Sí, madre, agravios grandes tú me hiciste
á mí, á tu hijo, sin delito triste.
Por qué no me admitiste en tu presencia?
En qué pudo ofenderte mi inocencia?
Si alguna leve culpa he cometido,
por qué no me la dices? Con gemido
tristísimo y continuo, madre mia,
en ese corazon lo borraria:
merezca al menos.....
Cond. Ay! qué pecho fiero
se puede resistir? Sancho, te quiero:
Alzandole á sus brazos.
no dudes de mi amor. En tí, bien mio,
contemplo una virtud, admiro un brio
superior á tus años. En tí veo
(ó si será verdad, ó si deseo!)
de tu padre y mi esposo un fiel retrato,
tan

tan dulce á mis sentidos y tan grato,
que adoro tu presencia. Ay! no: te pido
no creas que mi amor hayas perdido.
Los negocios de estado me llamaban:
de mí misma y de tí me separaban;
y aun ahora me llaman, hijo mio:
no temas, aunque veas mi desvio.
Con Alek y tu ayo te retira.

Sanch. Obedezco, y salgamos.

SCENA VI.

La Condesa, y Elvira. La Condesa hace una seña para que los Guardias y Damas se retiren.

Cond. Oh! mi Elvira,
qué vil me ha parecido el artificio!
qué pena me ha costado el sacrificio!
No notaste mi pecho quál temblaba?
El labio quán violento se explicaba?
No viste de mis ojos la porfia
contradecir quanto mi voz decia?
Si dura mas martyrio tan violento,
hubiera fallecido en el tormento.
Cediendo mi interés á mi cariño,
me hubiera declarado al tierno niño.
Con su vista mi pecho se ha trocado:
contra el mismo Almanzor lo hubiera armado.

SCE-

SCENA VII.

Los de la anterior, y Almanzor.

Alm. Conozco que en tu pecho aún permanece
tanto cariño, que pueril parece.
Aun no conoce su interés: y necio
trata su bien y el mio con desprecio.
Dime: de Elvira al mugeril secreto,
por qué fiaste tan sublime objeto?
Elv. Porque sabe de mi alma la nobleza.
Cond. Conozco de su pecho la entereza.
Desde niña en Palacio se ha criado
en negocios muy graves á mi lado.
No menos que de mí de Elvira fio:
su pecho es uno con el pecho mio.
Así lo fuera el tuyo! de otra suerte.....
Alm. Yá parece imposible resolverte;
y pues guardar á Sancho es despedirme,
y no ceder, yo quiero ser tan firme
en mi resolucion: queda en la tuya:
será razon que de tu Corte huya.
Yá será peligrosa su morada
á mi persona, á riesgos entregada.
Yá pierdes á Almanzor. Desde hoy perdiste
(porque tú conservarle no quisiste)
un amante, que fino idolatraba
la imagen de tu rostro: que aspiraba
á poner á tus plantas su corona:

que

que por verte exponia su persona
en medio de Castilla, tierra ingrata,
que siempre fiera al Africano trata.
Pierdes á quien juraba (y lo cumpliera)
serte constante el tiempo que viviera.
Es esta aquella fé, que prometiste
guardarme para siempre? Ay de mí triste!
Condesa, si matarme pretendia
tu amor, yá convertido en tiranía:
si yá cansado de mi amor, desea
frustrar tu pecho mi constante idea;
no me lo digan tus ingratos labios:
completa con mi muerte tus agravios:
toma el puñal, que para Don Garcia
en tu mano dexó la mano mia:
dirige contra mí su punta: hiere:
este es mi pecho: si piedad hubiere
en ese corazon, si he de deberte
algun corto favor, mi sangre vierte.
Si de constante la apreciable fama,
alguna vez tu corazon inflama,
tu brazo, no tu boca fementida,
me quite el grave peso de mi vida.
Ni gusto, ni rigor de tí merezco?
Cond. Solo tu vida y gustos apetezco.
Hice poco en decirte que á Garcia
mi mano en una torre ocultaria?
Alm. Preciso es que matarlo determines:

esa

esa escusa que opones á mis fines,
no la ideaste tú: será expediente
del desleal Alek, cuyo insolente
orgullo con la capa de entereza
apellida virtud á tu flaqueza.
Su vida pagará su desacato.

Cond. No creas, no, que Alek te sea ingrato:
tu nombre adora, tu delirio siente.
Aquí estuvo: postrado y reverente
habló de tu persona: tus pasiones
hallaban en su boca reflexiones,
que de escusa servian. Yo te juro
que no tienes vasallo mas seguro.
Solo mi amor á un hijo desgraciado,
que ha nacido de mí, que yo he criado
al pecho mio, que mi amor merece,
por quien su madre tu rigor padece:
solo este amor tan eficaz y justo
hace que mire tu rigor con susto:
hace que la pasion, que te he tenido,
y á mis ojos tan suave ha parecido,
se represente en este infausto dia
como objeto de horror y tiranía.
Necia de mí, que de imprudencia llena
oprimí el débil hombro con tal pena!

Alm. Necio de mí! (con mas razon lo digo)
y el Cielo, el sabio Cielo me es testigo
que fui mas necio, no sabiendo osado,

en tu pasion inmensa confiado,
valerme de tu amor para mi intento.
Te acuerdas, no lo dudo, del momento
que en el jardin ameno de esta casa,
por donde el Tajo entre laureles pasa,
(perdona si en contártelo prosigo)
al pie de un mirto, solos, sin testigo,
lejos del fausto de la Corte y fiesta,
lejos de aquel bullicio que molesta,
oyendo desde lejos la armonía
de una música suave, que aplaudia
la dicha de un amor correspondido;
depuesto aquel respeto, que es debido
entre régias personas, me dixiste
con rostro amante, y con acento triste:
Oh, mi Almanzor! oh, quán dichosa fuera,
si diferente ley tu fé tuviera!
Si fueras, como hermoso, tú Christiano,
yo ligára mi mano con tu mano:
felíz union por siempre juntaria
tu amable vida con la vida mia.
Pero pues no es posible esta alianza,
y sin ella no es justa la venganza,
pide, pide Almanzor quanto deseas:
Castilla está á tus pies; y porque veas
mi sincera pasion, pronuncia, manda.
Esto dixiste, y tu dulzura blanda
tanto fuego á tus ojos infundia,

que pasaban del labio la energía.
Entónces yo pudiera, y aun debiera
valerme de ocasion tan lisonjera.
Yo tímido no quise con tal arte
á mi justa ambicion determinarte.
Solo dixe: Condesa, si te espanta
entre las leyes diferencia tanta:
si el no ser Mora tú, ni yo Christiano,
me quita el enlazar tu hermosa mano;
mira cómo la yedra, aunque distante,
se abraza tierna con el olmo amante.
Si entonces Almanzor, menos turbado,
hubiera aquel momento aprovechado,
tu hijo en sacrificio le ofrecieras,
y qual me pierdes tú, no me perdieras.
A Dios te queda.

SCENA VIII.

La Condesa, y Doña Elvira.

Cond. Elvira, sigue al Moro:
dile que le amo, dile que le adoro,
y que á su voz mi corazon se humilla;
que reynará en mi pecho y en Castilla:
que Sancho morirá.

Elv. Qué, por tu mano?

Cond. No será mi rigor tan inhumano.
No con tanta crueldad, con artificio
he de hacer tan horrendo sacrificio.

Fin-

Fingiré que Almanzor, la paz firmada,
de su regreso emprende la jornada:
que en su obsequio un festin está dispuesto.
A Sancho un vaso con licor funesto
un criado dará, cuya bebida
acabe con mis sustos y su vida.
Corre, y dile á mi hijo que aqui venga,
mientras mando que al punto se prevenga
el banquete funesto á D. Garcia.
Se ha llenado de fuerza el alma mia.

Elv. Mi boca ha de llevarle su sentencia?
D. Sancho es mi Señor, y en su presencia
se partirá mi pecho noble.

Cond. Calla.
Plausible escusa tienes de vasalla;
mas no te necesito: vén conmigo.
O Cielo ayrado! tu furor consigo.
Ni un cómplice me dexas? Ni siquiera
quien me obedezca? Pero mas entera
he de ser, mientras mas esté frustrada.
Yá está tu muerte, Sancho, decretada.

Elv. Confio (ó Dios!) en tus perpetuas leyes,
que guardan las personas de los Reyes.

ACTO QUARTO.

SCENA PRIMERA.

Gonzalo, y Elvira.

Elv. Estamos solos?
Gonz. Sí: solos estamos.
Elv. De nobles Castellanos nos preciamos?
Gonz. Sí me precio, y te precias justamente.
De nuestra sangre la ínclita corriente
desciende de la mas noble montaña
de Asturias, venerada en toda España.
Nuestros abuelos fueron nobles Godos,
todos leales, y guerreros todos.
Tu abuelo me crió: yo joven era:
de su escuela aprendí la vez primera
el modo de empuñar la espada y lanza.
Tu padre, primo mio, y esperanza
de tu familia, fue mi compañero,
sábio en la paz, en la campaña fiero.
Seguíle en diez batallas: á mi lado
murió de un dardo el pecho atravesado:
su sangre me bañó. Muriendo estaba,
quando con voz, que débil le faltaba,
me dixo: yo me muero: yá mi aliento
faltó; no mi valor: muero, y contento.
De mi muerte felíz me aplaudo ufano,
pues muero por mi patria y Soberano.

Mi cuna el campo fue: mi tumba sea;
solo te pido que mi hija vea
en tí todo el cariño de mi pecho:
si tal prometes, muero satisfecho.
Esto dixo, y murió. Desde aquel punto,
de mi cuidado ha sido digno asunto
tu bien. Pero si premias la ternura,
con que crié tu joven hermosura,
te ruego no me ocultes las razones
de tu interior cuidado y aflicciones.
Elv. De un secreto fatal turbada vivo.
Gonz. Desahoga conmigo el pecho altivo.
Elv. Ni puedo descubrirte, ni ocultarte
asunto tan atróz: Diréte parte.....
mas no, que sí te oculto parte alguna,
la otra será á tus ojos importuna.
Dudosa en tal conflicto yo me hallo:
si te hablo, infiel; y cómplice, si callo.
Pero por otra parte se interesa
toda Castilla.
Gonz. Si de la Condesa
no fuera confidente, yo sabria
el secreto indagarte, Elvira mia;
pero no me parece justo ahora.
Elv. Venero á la Condesa: es mi Señora;
pero el Conde en peligro tal se halla,
que morirá, si Elvira te lo calla.
Gonz. Sobrina, me confundes. Qué me dices?
Me llenas de sospechas infelices.

En qué peligro se halla el tierno Infante?
Por qué en decirlo tardas un instante?
Si yo puedo impedirlo, dilo presto.
Elv. Escucha, pues, el lance mas funesto,
y prepara el remedio. Yá tú sabes
que de Córdoba vino con los graves
motivos de una tregua, que importaba
al Moro, y á la Corte de Doña Ava,
el tyrano Almanzor. Formó ambicioso
el proyecto mas alto y monstruoso.
Rey de Castilla coronarse quiso:
mas de qué modo? Aquí será preciso
aumentes la atencion; porque no creas,
que ayudando el valor á sus idéas,
encomendase al brazo de la guerra
la baxa astucia, que en su pecho encierra.
Cobarde es el traydor: solo es valiente
quien lleva nobles fines en su mente.
Bien conoció Almanzor, que D. Garcia,
aun joven, duro obstáculo sería:
determinó matarle; mas para esto,
aún meditó otro crimen mas funesto.
Gonz. Quál fue? Quál pudo ser? No lo concibo.
Elv. Escucha, y tiembla. Su rigor altivo
un tiempo se humilló: fingióse amante:
duro en su pecho, y tierno en su semblante.
A la Condesa, madre de Garcia,
tutora suya, en quien Castilla fia,
declaró su pasion, sirvió rendido:

fingió : gustó el amor, aunque fingido.
La Condesa lo oyó: por verdadero
tomó el amor del Moro lisonjero:
faltando la virtud, faltóle el brio,
entregando al amante el alvedrio.
Luego que el Moro vió que dominaba
al engañado pecho de Doña Ava,
su idéa declaró, diciendo ufano,
que no queria, sin reynar, su mano:
que la razon de estado, y el provecho
de su pueblo ocupaba mas su pecho,
que su bien personal; y asi pedia,
que si ella á su pasion correspondia,
matase á Sancho, porque de este modo
en su mano cayese el mando todo
de Córdoba y Castilla.

Gonz. No me espanta
en el Moro Almanzor codicia tanta.
No tiene la ambicion límite alguno:
qualquier medio á su vista es oportuno.
No dudo que el delito propondria.

Elv. Atérrete de amor la tiranía.
En vano la Condesa horrorizada
se resistió: por fin cayó espantada
de la amenaza de perder su amante.
La muerte decretó del tierno Infante.

Gonz. Elvira, tente. Cielos! santos Cielos!
qué escucho?

Elv. Con congojas y rezelos

 me

me dixo sus intentos: mis oidos,
de tan fatal proyecto estremecidos,
oyeron, y dudaron lo que oyeron.
En vano mis afectos pretendieron
oponerse á la muerte de Garcia
con justas voces á su madre impía:
inutil todo fue. Gonzalo, atiende.
En esta misma noche (ay Dios!) pretende
con un veneno atroz.......
Gonz. O Cielo santo!
no sufra tu bondad delito tanto.
Lo impediré te juro: ya me siento
del Cielo vengador noble instrumento
para impedir el crimen meditado.
Mi Soberano! (ay Dios!) mi brazo armado
lo apartará del fiero precipicio:
será mi vida justo sacrificio,
que le liberte: yo, yo mismo quiero
ser víctima feliz del Moro fiero.
De la copa en que beba Sancho, Elvira........
Elv. Señor, tu lealtad de amor delira.
No encuentras otro modo que lo impida?
Gonz. El modo mas feliz será mi vida.
Declarar al Infante lo ideado,
es decir el delito que ha pensado
Doña Ava; y esta no por ser traidora
dexá de ser su madre, acreedora
á la veneracion. Pero allí viene
el Moro. Qué arrogánte se mantiene!

Está pronta, y avisame el instante
destinado al delirio del amante.
Bien puede de Almanzor la tiranía
añadir contra el pecho de Garcia
del infierno el furor á sus furores:
Gonzalo soy : desecha los terrores.
Mira como se acerca placentero:
sereno rostro, y corazon severo!
Qué quieto en el peligro! Heroe parece,
si un malhechor tal nombre se merece.
Con Garcia se acerca discurriendo.
Elv. Tu vida y la de Sancho te encomiendo.

SCENA II.

Don Gonzalo, Almanzor, Don Sancho, guardia de Moros y Castellanos.

Alm. Quién tales sentimientos te ha inspirado?
Tan noble corazon quién te ha formado?
Sanc. El hidalgo que vés, su noble zelo
me cria.
Gonz. Ah, Señor! el alto Cielo
que guia las acciones de Garcia,
le inspira elevacion y valentia.
Su persona, Señor, de Dios recibe
las altas prendas con que sabio vive.
Yo solo he cultivado la semilla,
que el Cielo derramó sobre Castilla.
Alm. Mi marcha he de empezar.
Sanc. Quando?
Alm. Mañana.

Y dispone tu madre y Soberana
se celebre la tregua concluida
por víspera feliz de mi partida.
Convidando al banquete á su Grandeza
me obsequia con primor, y con nobleza.
Conoce el interés de mi alianza;
y fundando en las paces su esperanza,
con Córdoba á Castilla ha reunido.
Tú, Sancho, por los Cielos escogido
para ocupar el trono Castellano,
tu tierna mano enlaza con mi mano, *dandole la mano*
y ofrece mantener.....
Sanc. Yo te prometo
que será tu amistad mi digno objeto.
Mientras convenga al bien del pueblo mio,
la guardaré con fé; pero con brio
la romperé, si veo no conviene.
Yá ves que el Cielo confiado tiene
la suerte de su pueblo al Soberano;
y que este ni de humilde, ni de ufano
no debe mantener la paz, ni guerra,
si el bien del pueblo su tenor no encierra.
Alm. Me importa mucho el lazo tan estrecho
de Córdoba y Castilla. De tu pecho
lo mismo espero. Al puesto señalado
vamos. En él dispone justo el hado
se confirme mi anhelo y esperanza.
Acude, Sancho, con la confianza
de que tu madre espera tu presencia.

Sanc

Sant. Lleguemos, pues, con viva diligencia.
Y tú, Gonzalo, pues tu noble cuna
te eleva á lo mayor de la fortuna,
á mi lado estarás. Si la Condesa
manda que ocupen puestos en la mesa
todos los Grandes, pocos lo merecen
como tú, mi Gonzalo.
Gonz. No parecen
tan dignos de este honor los que opulentos
en medio de delicias y contentos
su vida pasan en descanso ocioso,
como los que en esmero mas glorioso,
defendiendo la patria y Soberano,
las armas llevan en su egregia mano;
ó asisten al consejo con la ciencia,
que nace del estudio y la experiencia.
No fui yo de los nobles embriagados
de su luxo, su fausto y sus estados:
de aquellos necios, que en el ocio blando
sus inútiles dias ván pasando
sin servir á su patria, ni á su dueño:
siempre su vanidad miré con ceño.
Nietos indignos de predecesores
á mejor descendencia acreedores.
Solò me acuerdo yo del padre mio
para imitar sus prendas con mi brio:
si al acordarme de él no le imitára,
el corazon del pecho me arrancára.
De mi niñez apenas yo salía

al mando del abuelo de García,
mi tierno brazo con la lanza armado,
la dureza adquirió de buen soldado.
Joven mandé pequeños cuerpos sueltos:
guiélos entre polvo y sangre embueltos.
No el número, mi exemplo los guiaba
al templo de la gloria, que asaltaba.
Vencía con su fuerza mi presencia.
Despues, quando mas lleno de experiencía
cumplí mayor edad, Señor, mi mano
las vanderas mandó del Castellano:
si con acierto, dígalo la gloria:
aún conservan las tropas la memoria.
Llegada mi vejéz, en tu crianza
fundé yo mi deber, y su esperanza
tu Corte: de este modo te he servido:
feliz de haber tal lauro conseguido.
Me distingues, Señor, y yo he logrado
merecer un respeto no embidiado.
La distincion que un Soberano hace
entre sus nobles, tanto satisface
al que por sus servicios la recibe,
como estimula al que en el ocio vive.
Vamos, Señor.
Alm. Soberbia Castellana!
Gonz. Y la experiencia prueba que no es vana.
Alm. Parece que tu madre, Sancho, viene.
Sanc. El semblante turbado y triste tiene.
Alm. No lo creas, Garcia; antes debiera,

si

si alguna pesadumbre padeciera,
desecharla en el dia que el tratado
queda con tanto gusto confirmado.
Mas te equivocas. En su rostro miro
no sé qué nuevo lustre, que yo admiro.
En sus ojos, qué fuego! y qué viveza!
En su semblante augusto, qué nobleza!
No ves en medio de su Corte hermosa
quál viene mas que todas magestuosa?
No ves cómo al acento de su boca,
que al pecho limpio de sus nobles toca,
todos suspensos ván, envanecidos
de estár á tal Señora sometidos?
Mira con qué dulzura! con qué agrado!
á sus vasallos habla! Lo has notado?

SCENA III.

Los de la anterior, y la Condesa con Elvira, y Damas Castellanas.

Cond. Corónese, Almanzor, yá tu deseo.
Pocos instantes faltan....mas qué veo?
Sancho?
Sanc. Señora, yá me refería,
que debia sus gustos á este dia
el Rey, y que contigo yá ha pactado
treguas entre su Reyno y mi Condado.
Mas pareces turbada y distrahida.
Qué es esto, madre
Alm. Si de mi partida......

Cond. El tiempo no se pierda: al punto vamos:
á las mesas dispuestas acudamos.
Sigue, Garcia, á tu leal amigo.
Al uno y otro con presteza sigo.
Atravesad la pompa con que ostenta
mi Palacio las paces, que presenta
al valiente Almanzor.
Alm. Ven, pues, Garcia.
Sanc. Vamos. Yá te obedezco, madre mia.

SCENA IV.

La Condesa, Elvira sin Guardias.

Cond. Qué te suspende el corazon, Elvira?
Elv. Su suerte, el Cielo, y tu rigor me admira.
Quando miro á Don Sancho, y considero
llegar al sacrificio este cordero:
quando contemplo al Cielo tolerarlo,
y tu pecho, Señora, proyectarlo;
dudo si fuiste origen de su vida:
dudo, si el Cielo de los hombres cuida;
y pregunto: por qué el mortal sugeto,
es del ciego destino triste objeto?
Cond. No pretenda indagar tu necia idea
quál de los Cielos el decreto sea.
Cumple el mortal con solo venerarlo:
lo debe obedecer, no investigarlo.
Es un enigma al necio pecho humano:
ni aspires á saber del Soberano
las maxîmas; porque secretos tales

piden solo obediencia á los mortales;
sin que sin ser culpado el hombre quiera
tan no accesible penetrar esfera.
Sígueme, y calla.

Elv. Adónde?

Cond. Ven conmigo.

Elv. Perdoname, Señora; no te sigo.
Cómo quieres que yo la vista aguante
del Moro audaz, y el infeliz Infante;
y mas la vista de una madre aleve,
que le engendró, y á tal rigor se atreve.
Contra mi pecho armára yo mi mano,
Señora, si no fuera mas humano;
si el tuyo en su pasion se determina
á ser del tierno fruto la ruina.
Yo tiemblo.

Cond. Tiembla, pues, cobarde Elvira:
quedate, y piensa que mereces mi ira.

SCENA V.

Elvira sola.

Oh Dios, inmenso Sér! por cuyas leyes
se juzgan las personas de los Reyes:
tú, que solo conservas en tus manos
las causas de los sacros Soberanos,
no permitas que sea profanada
tu imagen en los Reyes estampada.
Ostenta tu poder: guarda á Garcia:
lo pide por mi voz la patria mia.

ACTO QUINTO.

SCENA PRIMERA.

Alek.

Adónde márcho con destino incierto?
Qué turbacion en el Palacio advierto?
No há mucho que en placeres abundaba:
el dia tras la noche se pasaba,
tras la noche llegaba el claro dia,
y duraba continua la alegria.
Mezclábanse en las galas y en las flores
la purpura, y el oro y los olores.
Los juegos, fiestas, brillos y hermosura
embriagaban al alma con ternura.
Hasta los elementos parecian
que al obsequio del arte concurrian.
Mas hoy, que con esmero extraordinario
se dispuso lo hermoso con lo vario:
hoy que con pompa singular se viste
la Corte Castellana, he visto triste
alguno de los hombres principales.
Qué mezclados de sustos, ó mortales!
los gustos recibís!....Pero yá advierto
de tantos sustos el motivo cierto.
Amor aquí introdujo sus rigores.
Y puede haber quietud donde hay amores?
Quien busca paz donde hay amor, delira.

SCENA II.

Alek, y Elvira.

Elv. Alek, Alek!
Alek. Qué te amedrenta, Elvira?
Qué gritos, qué rumor es el que siento,
que parece venir del aposento,
en que el banquete régio se dispuso?
Al parecer se aumenta aunque confuso;
no obstante se distingue el golpe fiero,
mezclándose el rumor con el acero.
Y aunque lejos está de aquí la pieza,
se percibe del lance la fiereza.
Y tú tambien tan pálida y turbada
sales de aquella sala?
Elv. Desdichada,
para ver tal estrago habré vivido!
Alek. Qué estrago viste? Qué? Qué ha sucedido?
Elv. El lance te contára, anciano sabio,
si fuerzas en mi pecho y en mi labio
hallára; mas no puedo.
Alek. Habla con brio.
Qué se hizo tu Señora, y el Rey mio?
Elv. Ambos en gran peligro:
Alek. Ay Dios! qué dices?
Elv. Pagaron sus delitos infelices.
Alek. Y cómo? quándo? dí: cuentalo todo.
Elv. Alek (escucha, y tiembla) de este modo.
Tu Rey, tu fiero Rey, tu Rey tyrano....
Alek. Muda de estilo, que es mi Soberano,

y

y no debo sufrir que así lo nombres.
Elv. Pues escucha su horror, porque te asombres,
y me digas qué nombre se merece
quien con las fieras competir parece.
Viendo Almanzor que al pecho dominaba
de la infelíz bellísima Doña Ava,
llegó por fin á persuadirla al fuerte
crimen de dár á Sancho indigna muerte.
No me explayo en contarte cada lance
que hubo hasta el fin del horroroso trance:
el tiempo, y aun mi aliento me faltára,
si contártelos todos intentára.
Ella tomó el puñal, y vió su mano
endeble para crimen tan tirano:
al veneno apeló: con fraude impía
un banquete dispuso, en que á Garcia
un criado el veneno administrase,
y de tal calidad, que lento obrase,
como débil insulto de un desmayo.
Lo supe yo: contélo todo al ayo
del régio Infante, para que prudente
evitase un peligro tan urgente.
Díxele el nombre del fatal criado
(que lo supe despues): horrorizado
oyóme sin hablar; y del secreto
usó Gonzalo qual varon discreto.
Dispuso que al criado detuviesen
con no sé qué motivo, hasta que viesen
acabado el festin; y asi evitaba

la muerte á Sancho, el crimen á Doña Ava.
Llegaron al festin la madre impía,
el feroz Almanzor, y Don Garcia.
La Corte de Castilla el aposento
llenó de su belleza y lucimiento:
mas qué pronto por lutos se trocaron
las galas y las joyas que brillaron!
La música empezó su melodía,
que luego se trocó en melancolía.
Sentáronse en la mesa : yo temblaba:
á Sancho, á la Condesa, al Rey miraba.
Miré al Cielo tambien con osadía,
porque iba á permitir tal tiranía.
Cómo te explicaré con qué tormento
en tales pechos vi tal fingimiento?
Cansóse el Cielo yá de crimen tanto:
escucha sus venganzas con espanto:
mira si al bien del bueno se interesa!
Quando pidió la copa la Condesa,
el oficial, á quien correspondia
ignorando que aquella que veía
con tan nuevos primores adornada,
era para Don Sancho destinada,
se la trajo ; mas ella distraida
llegó á sus falsos labios la bebida.
Bebió porcion ; y al conocer su engaño,
y vuelto contra sí su mismo daño,
con ímpetu quitando el vaso aleve,
á Sancho dixo : de mi vaso bebe.

El responde inocente: no apetezco
ahora la bebida; ni merezco
tan alto honor. Doña Ava sospechando
que se vá su artificio declarando,
se turba. Sancho nota lo que mira:
la Corte entera su temblor admira.
El Rey tambien con pálido semblante,
la turbacion aumenta de su amante.
Hasta que con rigor, desesperada
de verse por su mano declarada,
todo el veneno apura. Este deshecho
con el que tiene en su inhumano pecho,
aumenta su vigor, y se adelanta
el plazo de su muerte, que la espanta.
Entre rencor y furia la Condesa
dice su crimen, y su amor confiesa.
Al escucharlo el Moro quiso ufano
con rostro fiero, y con acero en mano
los suyos convocar, y ellos vinieron;
pero los Castellanos se opusieron,
y en campo de batalla fue trocado
el salon á las fiestas destinado.
Huyeron los sequaces de tu dueño:
con sus desgracias aumentó su ceño:
la desesperacion le hizo valiente;
mas nada le valió. De nuestra gente
Gonzalo se apartó por mas osado,
y él solo sobre el Rey se echó arrojado.
La espada le arrancó del fuerte brazo,

pa-

para imponerle el afrentoso lazo
de una cadena, mientras Sancho dice
qué castigo prescribe al infelice.
La confusion, que escuchas, será parte
de la que acabo, Alek, de relatarte.
Alek. Mi Rey peligra, y tardo en su socorro!
Cruel me fue; pero á su auxîlio corro.
Mas qué veo? Almanzor encadenado!
El rostro de mi Rey desfigurado!
Rendido viene con destino incierto!
O quién por libertarle hubiera muerto!

SCENA III.

Los de la anterior, y Almanzor desarmado, y guardado por tropa de Castellanos.

Alm. Del Castellano vengador seguido,
cargado de cadenas y vencido,
abandonado de mi misma gente,
mi corazon sin su vigor se siente.
Del inmenso peligro en que me hallo,
quién me defenderá?
Alek. Tu buen vasallo:
aquel Alek, aquel honrado y triste:
aquel que por leal aborreciste:
aquel, cuyo consejo, si siguieras,
en tan funesto lance no te vieras.
Alm. Qué oygo! qué miro! tú! tú me defiendes?
Alek. Pues quién sino un leal? Pues qué, pretendes
te sirvan en los lances peligrosos

los

los viles lisonjeros, los medrosos,
que en tiempos mas felices te siguieron,
quando solos placeres advirtieron?
No: no Señor. Los hombres semejantes
no sirven en los lances importantes:
tu fausto, tus mercedes deseaban,
quando en delicias suaves se embriagaban.
De rodillas.
Aquí estoy yo: te bastará mi mano
contra todo el esfuerzo Castellano.
Ven conmigo, Señor: me determino
á abrir por entre todos un camino.
Alm. Levanta Alek, vasallo verdadero.
Qué tarde te conozco! Ten el fiero
inutil brazo: yá no vale el brio:
detén el tuyo, pues detengo el mio.
En vano Sancho castigarme intenta:
ninguna de sus furias me amedrenta.
Llegue, convoque todo su despecho;
de todo triunfará mi régio pecho.
Alek. Cómo, Señor? La Corte Castellana
ardiendo en iras, y en venganza ufána,
en favor de Don Sancho enardecida:
qué estrella librará tu augusta vida?
Alm. No imploro yo el favor de las estrellas;
mi pecho es superior á todas ellas.
No temas que me acabe en sacrificio
la carcel, el veneno, ó el suplicio.
Yo me libertaré.

SCENA IV.

Los de la anterior: la Condesa entre sus Damas, que la sientan en una silla; y Don Sancho conteniendo á los Castellanos.

Sanc. Callad, teneos:
suspended el rigor con golpes feos,
no se manchen actos tan gloriosos:
huyeron yá los Moros, tan medrosos,
que solo está Almanzor.
1. *Castell.* El Moro huya;
pero pague su error la madre tuya.
Sanch. Si vuestro amor merezco: si el Condado
en Sancho tiene un Soberano amado:
si en mí fundais vuestra esperanza y gloria,
nunca podreis echar de la memoria,
que su pecho me dió tierno alimento.
Si esto no basta, y vuestro atrevimiento
los límites pasáre que prescribo,
el primero de quien el brazo altivo
abance con la espada, considere
que no la ha de tocar, si antes no hiere
á su Señor y dueño, á Don Garcia.
Qué mano habrá en Castilla tan impía?
Qué Castellano habrá, como lo sea,
á quien no espante tan atroz idea?
Si sois vasallos mios, desechadla.
Esta es mi madre: aún vive, respetadla.
Yo de Almanzor ordenaré el castigo.
La ingratitud con que fingido amigo

quiso abusar de mi amigable trato,
(lo aleve olvido, pero no lo ingrato!)
es delito mayor que la malicia,
que fomentó en su pecho su codicia.
Pero á mi madre.....
Cond. No, yá no es posible
que tal nombre merezca: fiera horrible
seré á tus ojos, y á Castilla entera.
Sanch. Tu hijo soy, tú hijo te venera.
Quando te miro, solamente veo
tu caracter, y no tu crimen feo;
y si á vengarme fuera inexôrable,
sin remediar tu error, fuera culpable.
Tu culpa, y mi venganza será justo
que pague el Moro aleve.
Alm. No con susto
escucho tu amenaza. Pero advierte
que tu madre te quiso dar la muerte.
Ella merece tu rigor, García.
Cond. No son las ansias de la muerte mia:
no son mis sustos y remordimientos
los que llenan de horror estos momentos.
Tu ingratitud horrenda y tiranía,
que procura irritar á mi García,
es mi mayor tormento: es quien osado
me arranca y rompe el corazon rasgado.
El crimen, que insensata he cometido,
de quién sino de tí fue persuadido?
Por quién sino por tí, ó monstruo ingrato!
fal-

falté yo á mi virtud y mi recato?
Al vinculo sagrado, quanto tierno,
que á Sancho unia con mi amor materno?
De todos mis delitos fuente ha sido
tu amor, con mi pasion correspondido.

Alm. Nunca te amé: tu amor solicitaba,
porque al supremo mando conspiraba.
Si al verte me prendé de tu hermosura,
poco duró, porque el amor no dura
en leves contingencias cimentado.
El tiempo, que con brio denodado
á mi ambicioso intento resististe
contra la vida de Garcia triste,
digna te hallé de amor y de respeto.
Mas luego que cediste, fuiste objeto
de mi desprecio: muere.

Cond. Sí, yá muero.
la muerte me adelanta ese severo
lenguage horrendo del infame Moro.
Al Cielo vengador conozco, adoro,
y pido no detenga sus rigores
contra quien me inspiró tantos horrores.
Abráse, ó Dios! un rayo de tu mano
al infame Almanzor: pague el tirano
mi culpa, los peligros de Garcia,
y el susto general. Su casta impía
perezca y se aniquile en toda España.
Ayuda, ó Cielo! la guerrera saña
de Sancho y sus gloriosos descendientes,

con-

contra Africa felices y valientes.
Y tú, sin que mi culpa mas te irrite,
permite, Sancho mio, sí, permite,
que hijo mio al espirar te llame.
Yo quisiera lavar mi culpa infame
con sangre de mis venas. No me basta
del llanto mio la corriente vasta.
Dexa, Garcia, que mi voz turbada....
Pero siento mi fuerza yá acabada.
La del veneno crece. Ay, mi Garcia!
Me perdonas?
Sanc. Ay madre, madre mia!
La duda me averguenza. Mas me aflijo.
Si fuiste mala madre, soy buen hijo.
Tu mano, que el veneno ha preparado,
rendido beso, y á tus pies postrado....
Pero qué miro yo? Mi mano armada!
á los pies de mi madre con la espada!
Toma mi acero tú: yá me ha servido.
Gonz. Eso es, Señor, á tu virtud debido.
Olvida que tu madre fue tirana:
acuérdate que es madre y Soberana,
y dale ese consuelo. Acude presto.
Cond. Yá llega de mi vida el fin funesto.
Escarmienta de amor su curso aciago:
con gusto empieza, acaba con estrago.
Reyna feliz tú, Sancho. El Cielo cuida
para lauros los dias de tu vida.
A Dios, mi Sancho! á Dios! En este instante
mi

mi corazon al crimen arrogante,
cobarde tiembla en este pecho mio:
en miedo vil se convirtió mi brio.
Un negro horror, rencor y cruda muerte
me quitan el hablarte, y aun el verte.
Muero entre tantos y tan graves males
como pueden las furias infernales....
Mas yá....No puedo articular razones
en medio de horrorosas confusiones.
Espiro....

Sanc. Ya murió, Cielo divino!
En tí vengar mi ofensa determino: (*á Alm.*
en un suplicio acabarás la vida.

Alek. Oh Sancho! tu virtud esclarecida
venére en él aquel caracter régio,
que logra en todo crimen privilegio.

Alm. Dexa, mi Alek, que Sancho me amenace:
así su debil pecho satisface.
Y porque el mio altivo nunca pueda
temblar, ni á sus rigores fieros ceda,
este puñal me librará de todo.

Sanc. Cómo, Almanzo?

Alm. Garcia, de este modo.
No creas que en los brazos de la muerte
me espante, ni me ablande, ó Sancho! el verte.
Me aplaudo en el delito cometido:
solo siento el mirar no se ha cumplido
mi idea contra tí; pero pues muero,
yá que no te inmolé con este acero,

por

por dura suerte del injusto hado,
en mi pecho estará bien empleado.
Oh, si mi sangre al acabar mi vida
produjera torrentes de la herida,
que anegáran tu Corte y tu Condado!
Pero muero. Los Cielos te han vengado.

Espira en manos de Alek.

Garc. Qué es esto?

Gonz. Tu inocencia yá guardada:
tu madre por los Cielos castigada:
Castilla preparada contra el Moro;
y yo, Señor, que tu virtud adoro,
dando mil gracias al divino Cielo,
porque ayudó mi siempre firme zelo.

Sanc. Lo premiaré. Tú cuida por ahora
del cuerpo de mi madre y mi Señora:
y que Alek, á su patria conducido,
logre el premio á su merito debido.
Venérese en castigo tan severo
el brazo de los Cielos justiciero.

FIN.



